



## La dificultad del debate

Cuando apareció esta revista, en la presentación se destacaban palabras como crítica, debate, análisis de la realidad o pensamiento crítico. Nunca está de más volver a resaltar esos mismos términos, especialmente porque en los casi ocho años transcurridos quizá la principal experiencia adquirida por quienes realizamos esta publicación consista en haber comprobado la dificultad con que asumimos la discrepancia en nuestra sociedad y renunciamos a afrontar las críticas y aceptar los debates sobre las distintas alternativas y propuestas en el espacio público.

No compartimos el relativismo que implica la falsa asunción de la tolerancia que se resume en la siguiente frase: "Todas las opiniones son respetables". En una sociedad democrática todo el mundo tiene derecho a expresar sus opiniones, pero no todas son igualmente respetables. Sobre todo, si se entiende que hay que aceptarlas sin crítica alguna. Todas las personas son respetables, pero no todas las opiniones. No lo son, por ejemplo, las de quienes suelen exaltar los sentimientos xenófobos de los ciudadanos para quebrar la convivencia, como hacen frecuentemente en nuestra Isla los dirigentes de Titerroy-Gakaet. O las de aquellos que se niegan a aceptar la igualdad de todos los ciudadanos ante la Ley, en su lamentable intento por convertir a un político preso, Dimas Martín, en un preso político.

Puesto que no todas las opiniones son igualmente respetables, resulta necesario analizar críticamente tanto la realidad como las diferentes propuestas que se plantean. Es decir, resulta necesario cultivar el

*Todo el mundo tiene derecho a expresar sus opiniones, pero no todas son igualmente respetables*

***La crítica suele ser despreciada sin atender a los argumentos expresados, sino tan sólo a quién la ejerce***

pensamiento crítico. Ahora bien, no son pocos quienes piensan que el pensamiento crítico forma parte del patrimonio de la izquierda. Más aun después de haber sufrido los ocho años de gobierno de la derecha en España, sobre todo los cuatro últimos, durante los cuales el debate político ha alcanzado sus más bajas cotas, sustituido habitualmente por el desprecio y la descalificación del adversario. Sin embargo, no podemos olvidar que durante los catorce años de gobierno socialista, sin alcanzar ese nivel, también la soberbia y el desprestigio de la oposición fueron moneda corriente.

De hecho, y como es bien sabido, la permanente escisión que ha caracterizado la historia de las organizaciones de la izquierda política, y la virulencia de esos desencuentros, no pueden revelar más que la dificultad para asumir la discrepancia entre buena parte de los integrantes de esas organizaciones. La dificultad para asumir la crítica y resolverla mediante el debate público es una actitud que atraviesa transversalmente todo el arco político.

En Occidente, esta carencia se manifiesta más gravemente en los países de tradición católica que en los del Norte. Lo que explica que las democracias del sur de Europa y Latinoamérica gocen de peor salud que las de los *nortes* de ambos continentes. Y es que la asunción de las críticas y el debate público son características fundacionales de la democracia, básicas tanto para la conformación de la opinión pública como para la toma de las mejores decisiones posibles en el ámbito político. Razón por la cual, bien podría

considerarse a quienes mejor y más practiquen la crítica política como una especie a proteger para la conservación del entorno democrático de una sociedad.

La discrepancia se ve también anegada en las últimas décadas por la noción de lo "políticamente correcto", que parece haber calado hondamente en la sociedad y que, bajo la excusa de preservar la sensibilidad de determinados grupos, se emplea absurdamente para empobrecer los debates y simplificar los problemas, escondiendo lo que a veces es sólo una cuestión de intolerancia ante la divergencia, que también se pone de manifiesto entre quienes consideran que la crítica únicamente cobra sentido cuando implica la disolución de las diferencias.

España no es un país en el que el componente deliberativo de la democracia revele una especial vitalidad. Pero quizá en Canarias la confrontación abierta de las discrepancias entre las distintas opciones se exprese públicamente aun con mayor dificultad. No es la nuestra una sociedad acostumbrada al debate público. Y la crítica suele ser despreciada sin atender a los argumentos expresados, sino tan sólo a quién la ejerce y en función de la posición que ocupa. ¿Quién lo ha dicho? Ah, problema resuelto..., da igual lo que haya dicho.

En la arena política lanzaroteña, las críticas suelen ser despreciadas en las cafeterías, pero en el espacio público la respuesta habitual es el silencio. Se encajan con un poco menos de acritud en los partidos clásicos –CC, PP y PSOE– y con mayor virulencia, como parece lógico esperar, en las alternativas

populistas –AC y PIL–.

Y no extraña, porque los partidos políticos en nuestro país son instituciones organizadas muy jerárquicamente, que no es que no alienen la crítica en su interior, sino que raramente la aceptan sin el consabido ajuste de cuentas posterior, y estigmatizan a cualquiera que la ejerce desde fuera de la organización. Una de las formas más habituales de hacerlo en Lanzarote implica una patrimonialización del espacio público por parte de los partidos, que contestan a cualquier crítica blandiendo el argumento de que “el que quiera opinar que se presente a las elecciones”.

La experiencia de quienes hacemos esta revista muestra lo muy alejada que suele estar la teoría de la práctica y el decir del hacer. Y que las diferencias que peor se asumen son las que plantean aquellos que nos resultan más cercanos. Los momentos más tensos, a raíz de críticas realizadas en *Cuadernos*, han sido los provocados con el equipo que redactó la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera* y con Alternativa Ciudadana.

Un partido que se reclama más democrático y participativo que cualquier otro, y que presume de incluirse en el ámbito del pensamiento crítico, como Alternativa Ciudadana, ha demostrado peor encaje que ninguno a la hora de aceptar cualquier crítica desde fuera. El talante de su principal líder, Pedro Hernández, se ha revelado con claridad en poco tiempo: la negativa explícita a contestar cualquier crítica y a entrar en el debate de las ideas, y el insulto como recurso para descalificar a los discrepantes.

Obviamente, esa actitud no ha sido exclusiva de una persona; el comportamiento en las elecciones de El Guincho del año 2003 del núcleo dirigente que contribuyó al nacimiento de ese partido quedará como una muestra de la peor y más antidemocrática conducta que hemos contemplado en los últimos tiempos en el espacio público lanzaroteño. Fue lamentable ver cómo los socios que les seguían aceptaban las propuestas para impedir el debate en la asamblea y la libertad de expresión a los discrepantes. Y fueron esos líderes y esas gentes quienes alumbraron Alternativa Ciudadana.

El otro caso al que nos referíamos comenzó también planteándose como un ejemplo de participación democrática. El equipo técnico y político que dirigió la *Estrategia* se reunió con los diferentes agentes sociales y políticos lanzaroteños destacando una idea: lo más importante del proceso que se abría era dar cauce y luz a las distintas ideas y opiniones sobre la situación insular. La clave estaba, nos dijeron, más en provocar el debate que en detallar proyectos concretos.

Empujados por esa idea, que compartíamos, afrontamos en *Cuadernos* el análisis crítico de las propuestas que nos planteaba la *Estrategia* y una serie de alternativas que nos parecieron pertinentes en aquel proceso. Y una vez que las publicamos (número 5/6), la respuesta fue la habitual: silencio en público, enfado en privado y ruptura de relaciones. Aquí se produjo un argumento también muy utilizado contra quienes vierten opiniones críticas: cómplices del

***Alternativa Ciudadana ha demostrado peor encaje que ninguno a la hora de aceptar cualquier crítica desde fuera***

enemigo. Nuestro análisis de la *Estrategia*, en opinión de quienes la dirigían, parecía tener un único objetivo: favorecer el triunfo del PIL en las elecciones de 1999. Tan ridículo como habitual.

Y es que la crítica suele entenderse como un arma arrojada que se lanza exclusivamente contra el enemigo y que, por tanto, no debe utilizarse con los próximos. Algo parecido ocurre con la etiqueta 'pensamiento crítico', confundida por muchos como la característica de aquellos que muestran siempre su oposición al poder. Resulta curioso lo que algunos entienden por pensamiento. Sin embargo, el pensamiento crítico es aquel que intenta analizar la realidad que nos rodea, y es crítico porque trata de evitar en lo posible las ideas preconcebidas que nos impiden comprender lo que realmente ocurre a nuestro alrededor. Y no, como algunos confunden, porque se oponga por sistema a toda propuesta que surja desde las instancias del poder.

Es la negativa a asumir las críticas y a debatir las distintas opciones lo que empobrece el pensamiento, se califique éste como se califique. Y así se entiende el escaso pensamiento que ha surgido de Alternativa Ciudadana; más dedicada a la ideología, desde que surgió no ha sido capaz de publicar una propuesta social o política medianamente articulada. Hasta el punto de presentarse a dos citas electorales sin ni siquiera un programa electoral.

En *Cuadernos*, no sólo somos partidarios de la crítica, sino que pensamos, precisamente, que resulta más útil y necesaria cuando se dirige a quienes nos encontramos

más próximos. Parece más lógico pensar que las críticas resultarán mucho más aprovechables para quienes más comparten con nosotros que para quienes ocupan una posición mucho más distante en el espacio público. Razón por la cual, no compartimos la costumbre de que la crítica se realice exclusivamente contra el "enemigo" y se considere una traición cuando se realiza en casa. Porque en ese caso tendríamos que aceptar algo que es, a todas luces, inaceptable: que la crítica nunca resultaría útil en campo propio.

Además de la idea de que los trapos sucios se lavan en casa, la oposición habitual a las críticas se alimenta de otras cuatro: "No es el momento", "éstas no son formas", "es una crítica sesgada" y "no hace falta señalar". Resulta tentador acudir a la socorrida contestación de que la crítica no se ha realizado en el momento más oportuno. ¿Pero cuál es el momento oportuno? Es difícil contestar a esa pregunta; sólo podemos acudir a nuestra experiencia, que nos indica que, para quienes se niegan aceptar la crítica, el momento apropiado es siempre el mismo: ninguno.

Sobre las formas que envuelven a la crítica, la experiencia nos muestra también que raramente cambia el criterio o la contestación dependiendo del tono y las maneras en que se realiza. Tan cierto que las formas tienen su importancia como que quien no acepta la discrepancia no la asumirá por muy suaves que éstas sean. Además, resulta curioso que esa exquisitez en las formas y en la elección de los momentos sólo se exijan normalmente en lo que a la crítica se

***La crítica suele entenderse como un arma arrojada que se lanza exclusivamente contra el enemigo***

refiere, y siempre que va dirigida a nosotros. Porque cuando se destina al adversario, siempre es el momento apropiado y las formas, las adecuadas.

La tercera idea suele calificar a las críticas de sesgadas o tendenciosas, situando normalmente el acento en que la opinión vertida no recoge todas las situaciones posibles. Esto es, se crítica a unos pero no a otros. Ninguna crítica está obligada a recoger todos los aspectos y posibilidades de una situación, por lo tanto, no debe ser descalificada por parcial por el hecho de que no contemple a otros posibles destinatarios. Por ejemplo, la principal referencia política utilizada hasta ahora en este artículo ha sido AC. ¿Resulta obligado que las referencias cubran todo el abanico político? ¿O está justificado, cuando de métodos democráticos se trata, ejemplificar la crítica en el partido que más ha presumido de un funcionamiento impecable en este sentido?

El hecho de que una crítica tenga destinatario concreto la convierte en más inasumible. Cuando nos mantenemos en el terreno de la generalidad, los problemas son menores. Uno puede poner a caldo a los políticos en general, y no pasa nada (en este país es un deporte muy practicado para la liberación de endorfinas), pero cuando la crítica tiene destinatario concreto, entonces se dice que se ha personalizado. Como si no fuera obligado personalizar las críticas cuando afectan a actuaciones bien personales.

Lo que está más o menos asumido con los políticos resulta para algunos intolerable, por ejemplo, para

los funcionarios de las instituciones públicas. No sería grave denunciar las carencias del funcionamiento de la Administración Local en Lanzarote. Así, en general. Pero si uno denuncia las tropelías de uno de sus funcionarios, como hizo *Cuadernos* con el secretario del Ayuntamiento de Arrecife, entonces... ¡hasta ahí podíamos llegar! Lo mismo ocurre si pensamos en la Administración de Justicia: criticar su mal funcionamiento no comporta ningún riesgo. Así, en general. Pero si se cuestiona una sentencia de un juez en concreto, se puede armar hasta entre gente como la que hace esta revista.

Puede muy bien decirse que la sociedad lanzaroteña se caracteriza por la ausencia de un debate público que afronte las diferentes ideas y las propuestas que la afectan. La deliberación política resulta casi inexistente y se sustituye por el insulto o el desprecio, con lo que el proceso de toma de decisiones en esta sociedad resulta ciertamente empobrecido. Igualmente pobres suelen resultar, en consecuencia, las decisiones tomadas.

En los municipios pequeños la situación se agrava: la transformación de los partidos en redes clientelares de carácter caciquil convierte la discrepancia en tarea de titanes. Y la censura en el espacio público en norma habitual. En esos lugares, como en las dos grandes instituciones insulares, el Cabildo y el Ayuntamiento de Arrecife, puede hablarse de muchos momentos en los que existe un auténtico miedo a expresar en público cualquier opinión discrepante.

***Es la negativa a asumir las críticas y a debatir las distintas opciones lo que empobrece el pensamiento***

***Como si no  
fuera obligado  
personalizar las  
críticas cuando  
afectan a  
actuaciones  
bien personales***

La escasa costumbre de debatir racionalmente los distintos planteamientos ha logrado que en Lanzarote el ámbito político se haya convertido en una bronca permanente. Porque cuando las críticas no se expresan o no se reciben habitualmente, cada discusión acaba convertida en una bronca.

Nuestra sociedad, la lanzaroteña, la canaria y la española, se caracteriza por la debilidad de su tradición democrática y por la ausencia de una enseñanza de los valores democráticos. Lo que en ocasiones vemos en las películas de Hollywood, los jóvenes practicando el debate en las aulas de sus escuelas o institutos, resulta tan habitual en muchas sociedades como inexistente en la nuestra. La enseñanza cívica continúa siendo la gran asignatura pendiente de la democracia en España.

A debatir se aprende. Si no se ha comenzado en la escuela, habrá que hacerlo en el espacio público. Sin embargo, el nuestro, como hemos dicho, se caracteriza por la ausencia de debate o por un debate viciado. Por eso somos conscientes de la dificultad que comporta entre nosotros la asunción de las críticas y el debate público de las diferencias. Porque esas dificultades las hemos sufrido también en algunas ocasiones a la hora de hacer *Cuadernos*.

No obstante, y pese a todo lo dicho, nos reafirmamos en aquellos postulados fundacionales de hace ocho años: el principal objetivo de esta revista continúa siendo el análisis crítico de la realidad, la contribución al debate de las ideas y alimentar la discrepancia en la sociedad insular. Así que eso

es lo que debe esperarse de un número de *Cuadernos*: crítica y discrepancia.

Nos gustaría que nadie se molestara en exceso por ello y, mucho más aún, que quien discrepara con nuestras posiciones lo hiciera tan públicamente como se difunden las nuestras. Las páginas de esta revista están, y han estado siempre, abiertas a quien considere oportuno disentir de lo que aquí se escribe.